



CEREMONIA PRESENTACION LIBRO

El sonido de los álamos cimbrándose con el viento de invierno, el olor de los animales pastando de madrugada, las historias de los abuelos en las cerradas noches de campo; imágenes de una historia y un estilo de vida casi olvidado por las generaciones presentes de chilenos indolentes frente a la colonización cultural foránea, que si bien aporta factores de modernidad, la mayoría de las ocasiones sepulta dolorosamente nuestra identidad y nuestro quehacer cotidiano.

La experiencia nos ha enseñado que la única arma contra la ignorancia es el conocimiento. No existe un barniz de modernidad ni intelectualismo que reemplace el contacto directo con el objeto de nuestros desvelos, como tampoco existe memoria que resista el embate del olvido.

Y conocimiento es lo que nos regala Sylvia con esta entrega; conocimiento y memoria que se elevan como un grito de protesta frente a la insolente marea de modas extranjeras. Por que hoy se celebran festividades paganas célticas, eventos musicales germánicas, y hasta en las festividades patrias se bailan ritmos extranjeros; y se relegan al olvido, con un velo de cierta vergüenza ajena fiestas y celebraciones tan nobles como la Cruz de Mayo, una de las celebraciones de la más alta religiosidad popular de nuestra zona.

Con dignidad y pudor, Sylvia nos ofrece una obra equilibrada y precisa, mezcla perfecta entre la mejor poética popular de las décimas y un relato gráfico dinámico y trepidante (...). Esperemos que este sea el primer paso de otras expresiones que mantengan viva la llama del amor criollo por nuestras tradiciones religiosas y seculares, pues es bien sabido que los pueblos que desconocen su historia, están siempre condenados a repetir sus errores...

Carlos Eduardo Gutierrez Etchegoyen.

Un prólogo para la Cruz de Cristo

Aquí anda la Cruz de Mayo
...aquí anda vuestro Cristo vivo por siempre.

Ver la cruz es un acto que invita a la meditación, ver el cuerpo de Cristo lacerado, es el impacto del dolor humano, el suplicio y la lagrima que testimonia la injusticia, es recordar que también cargamos nuestra propia cruz.

Imaginar al Cristo crucificado es la materialización de mi hijo, mi hermano, mis abuelos, mi prójimo anónimo... pero vital, de los que se fueron y ya no están, también de los otros, los perpetradores del crimen, los culpables, los corruptos y asesinos.

Techador, techa tu choza

Techa tu choza chocero

Con romero, flor y rosa

Con rosa, flor y romero.

¿Qué pensará el techador ante la invitación, en este romancero popular, de cubrir la choza con flor, rosa y romero? ¿Encontrará o encontraremos nosotros los techadores, la fuente creadora, que logra convertir la cotidianidad en algo que transforma estos elementos de la vida en una opción vital, en donde cada obra sea creación y no recreación? ¿Cuándo deja de ser rutina y se convierte en mágico rito liberador? ¿Cuál es la clave para entrar y entender este ritual que nuestra ceguera nos impide ver e identificar? Y dar paso como la pascua, de lo rutinario a lo ritual.

Entendemos que la clave es la religiosidad popular, y entendemos por esto, al igual que Sylvia, el cúmulo de conocimientos y sabiduría entregados por la cultura tradicional y que está latente en nuestro ambiente, siendo innegable tanto para ortodoxos y heterodoxos. Y que resulta de la contraposición de lo dogmático con lo libertario. Frente a esta problemática, la religiosidad popular opera como una fuerza vitalizadora y envolvente, porque es del Hombre, quien sostiene la creación y la valorización del constructor humano.

Es por esta razón, que este atributo que poseen los sectores populares, sirven no sólo para generar un proceso de evangelización, sino por el contrario, posee las respuestas para regenerar el tejido de lo social, sustentado en la colectividad y solidaridad. Haciendo frente, a la profunda crisis de la modernidad.

La Fiesta de la Cruz de Mayo se enmarca dentro de la historia de nuestra sociedad, apegada a la estructura dominante desde los inicios del "des - encuentro" conquistador y amerindio. Dentro de los pertrechos de la Conquista se entremezclaban los signos de la vida y de la muerte (cruz y espada), hecho que convierte a este símbolo en uno de los signos más repetidos dentro de la historia religiosa latinoamericana.

Por su facilidad de reproducción, la cruz ocupa un lugar central en los años de la Conquista, fecundándose de manera fácil y ágil por todo el continente.

Sin embargo, fue en los lugares más apartados del continente donde la cruz alcanza una mayor importancia, superando las imágenes de santos y vírgenes. A pesar de su sencillez, fue un arma de evangelización fecunda y de gran apego a la fe, sobretodo para sectores populares, como peones, campesinos y labradores del campo chileno.

Con el devenir de los tiempos, se produjo en el mundo rural latinoamericano el tránsito de una iglesia militante y doctrinaria, apegada a un credo auténtico de fe al trabajo, creación y bienestar comunitario.

La cruz en la vida rural se transformó en un apego a la naturaleza humana de agradecimiento y dicha, en el escudo protector frente a la calamidad y al horror de los mundos de maldad, que rodeaban el hogar y la comunidad. Combatidos a fuerza de fe familiar y romerías colectivas de la comunidad, surgió el diálogo permanente basado en la acción comunitaria y la opción de combatir en colectivo, lo que significó el apego social a variados ritos de la cultura popular campesina, como el Velorio de Angelito, Canto a lo Humano y Divino, entre otros.

Los grandes procesos migratorios de inicios del siglo XX trajeron una trashumancia cultural, provocando que las costumbres enraizadas en la tierra campesina se mudaran a la periferia de las ciudades, donde habitaba la precariedad y necesidad. Así, la cruz también se transformó en un arma con la que enfrentaban la cultura dominante de la época.

Con el tiempo, los campesinos buscaron recuperar el espacio perdido de los años dorados de la ruralidad, y la Cruz, siendo ya un rito asentado en las ciudades junto a obreros, trabajadores esporádicos y familias, se desarrolla como acto de apego a lo vivido, con visión de presente y con capacidad de reconstrucción. Construcción de una identidad en resistencia, que ante una cultura oficial, opresora y dominante, aparece como un proceso liberador, que intenta establecer hegemonía sobre el mundo popular.

Cuando Antonio Gramsci toma el tema de la cultura, sin duda plantea una nueva forma de entender el sentido de las clases populares.

Frente al gran despliegue que desarrolló la cultura de la conquista, y su mezcla con la campesina, conllevó a un proyecto hegemónico dentro de la sociedad.

Es a través de esta nueva conceptualización, que la filosofía gramsciana ha propuesto su enfoque de cultura alternativa, donde los sectores populares, en resistencia a la cultura dominante de la conquista, resguarda en forma colectiva su identidad por cuenta propia.

El primer esbozo del planteamiento gramsciano es delimitar la construcción de los elementos de la cultura, situándose frente a la disyuntiva del propio materialismo histórico (1). En este principio, se reformula la idea de filosofía entre los sectores populares, denominándola como “filosofía espontánea” (2). Esta se desarrolla en los sectores populares a partir del lenguaje, el folklore y el sentido común, articulándose a partir de ahí el caudal de su memoria histórica, vale decir su pasado, presente y futuro. En la lucha por la conducción del presente histórico (el campo de la acción política) es donde lo popular entra en conflicto con lo establecido, al reconocer que “los hombres pueden ser sujetos de la historia” (3) La construcción histórica de la sociedad, involucra desde su más remoto pasado una articulación entre lo material y lo espiritual. Tal como lo social, familiar y humanamente posible ocupan un sitio experimentado y tangible, el ámbito espiritual adquiere el sentido que la tribu le entrega y atribuye, encarnando de una u otra forma a la esperanza, a la opción, al ideal y al por venir desconocido.

Esta manifestación simbiótica en la que interactúa lo sagrado con lo mundano, se convierte en un dualismo eterno, una pugna imprescindible para generar las religiones. Es en la conformación de las estructuras dominadoras y sostenedoras (el mundo con Dios o con la verdad absoluta) (4). que se convierte en la sustentación para asegurar al creyente. En el que la opción válida está cerca, negando absolutamente todo lo externo a lo que se cree. (5) De este modo la religión, subsume a la religiosidad, cooptándola, institucionalizándola y dogmatizando su habla y lugar en la sociedad.

La religiosidad en tanto es la que posee un carácter arraigado y permanente dentro de la sociedad, es decir, es ésta la que acompaña en la formación y educación social, no estructurándose en dogmas rígidos y absolutos, como lo sostiene por el contrario la religión.

“Sylvia nos hace una invitación al encuentro de lo presente y lo pasado (nuestra descendencia y ascendencia) invitación a las generaciones a tomar las cruces nuevamente, pasearlas y mostrarlas a nuestros hermanos, a nuestro pueblo, y así lograr liberarnos de la ignorancia y cargar la memoria a razón de permanencia. Sylvia presenta con delicadeza y profunda devoción este trabajo hacia el rescate del rito vital, lo religioso, lo popular y lo nuestro”.

Profesor Giovanni Díaz Villouta
Magíster © en Historia y Cs. sociales. Profesor Universidad ARCIS Arauco.
Miembro del Taller de Ciencias Sociales “Luis Vitale”.
Correo electrónico: giovanni@historiaviva.cl